# Ministerio Eukare




**Hno. Mario Segura**

**Una historia conmovedora con un mensaje para Usted.**

# EL LEPROSO QUE REGRESO



Programa emitido en abril 11 de 2003

# El Leproso que Regresó

Por Hno. Mario Segura
Predicador católico.

1. EN LAS MINAS

No tengo nombre, no tengo edad, nací en un pequeño villorio cerca de Jerusalén. Toda mi familia era muy pobre, alguna vez tuvimos ovejas, cabras, pero cuando los romanos invadieron nuestras tierras, todo eso se acabó. Sólo nos quedó un pequeño pozo, un pequeño pedazo de tierra donde podíamos sembrar, y nos quedamos nosotros mismos. Nos consideramos afortunados de que no fuimos llevados como prisioneros o como esclavos por los romanos.

No tengo nombre y no tengo edad. Esa alegría de estar juntos no duró mucho tiempo. Un día tenía yo apenas 14 años, cuando los romanos, con algunos de nuestros propios hermanos de raza, con algunos judíos llegaron cerca de nuestras casas y hasta nuestra casa misma, que nosotros creíamos que por pobre, que por sencilla no iba a ser tomada en cuenta, pero no fue así. Los soldados llegaron junto con esos esbirros judíos traidores, llegaron a nuestra casa, intentaron llevarse a mi padre, pero consideraron su edad, que no estaba tan viejo, pero ellos en son de burla dijeron: "este viejo no nos sirve para lo que nosotros lo necesitamos", y prefirieron llevarme a mí, el menor de cuatro hermanos. Mis otras cuatro hermanas, mujeres, también fueron dispensadas y no fueron apresadas. Pero a mí sí, 14 años, pero me llevaron.

Siempre ellos a empellones, a golpes y con burlas decían: "en las minas de sal crecerá, en las minas crecerá". Y así fue, sí crecí, crecí, crecí en un ambiente de minas, de contaminación del aire, de tanto, pero de tanto dolor que me rodeaba, de todos aquellos que antes que yo, muchos años antes habían sido apresados y llevados a aquellas profundidades de las minas de sal. Y allí estaba yo, pequeño, joven. Mis ilusiones de una vida futura llena de alegría, llena de prosperidad habían terminado de golpe, sí, de golpe, porque a golpes me llevaron.

2. LA PROFECIA

En esas profundidades, en esas oscuridades, ya no se piensa nada, solamente quizá se piensa en morir.

Teníamos que cubrirnos los ojos y la cara con trapos con paños húmedos, porque si no, pereceríamos. No se siente el paso del tiempo, no se siente que crecemos en edad. El tiempo no pasa en aquellas profundidades, es como cuando los hombres estamos en pecado y no sentimos que esa profundidad, que esa oscuridad del pecado y del alejamiento de Dios nos van sumiendo cada vez más y cada vez más en un letargo, en un adormecimiento al cual nos acostumbramos y llegamos a creer y a sentir verdaderamente que ya no necesitamos la luz del día, que ya no necesitamos el aire puro, que nos basta aquel aire que respiramos por sucio, por contaminado que esté.

Llegué a las minas a los 14 años. Sí, tenían razón los soldados, que hacía ya, ¡qué se yo!, cuatro, cinco meses, un año me habían llevado a empellones y golpes hacia aquellas profundidades. Tenían razón, allí iba a crecer. Ví tanto dolor. Sólo recuerdo aquel día, no sé, perdí la noción del tiempo, las fechas, pero por el desarrollo de mi cuerpo, creo que habían pasado 3 años desde que yo había sido sumido en aquellas profundidades. No supe de mi familia, no sabía qué había pasado, pero sí recuerdo algo, uno de tantos sucesos, pero de los que más se marcaron en mi corazón.

En aquellas profundidades no había descanso, solamente cuando había un derrumbe o un accidente, y eso fue lo que ocurrió un día, ¿o habrá sido una noche?, la tierra cedió y gran parte de aquella montaña cayó sobre nosotros. Yo logré escaparme prontamente de aquel peligro, pero en aquella oscuridad oí una voz, un gemido que decía ¡ayúdenme, ayúdenme, ayúdenme!, a tientas me dejé guiar por el sonido de la voz hasta que logré sentir un cuerpo, una mano, una mano delgada, flaca, huesuda, herida, que más tardé yo en tocar la punta de sus dedos, como ella en subir hacía mí y tomarme fuertemente de la muñeca. En aquella oscuridad no sabía quién era, pero traté de encontrar el resto de su cuerpo y tuve que apartar mucha tierra, mucha sal para encontrarlo. Toqué su cara y estaba húmeda de algo viscoso, con seguridad era sangre. Lo toqué, era un hombre de mucha edad y su mano se apretaba cada vez más y más a mi muñeca. Logré sacarlo de aquel montón de tierra, lo senté y le pregunté cómo se llamaba y quizás de él aprendí a decir lo que digo.

El me dijo: ”no tengo nombre, no tengo edad”. Me tomó de las manos y me dijo: ”no te conozco, pero sé quién eres tú”, “tú verás la luz – me dijo – “tú verás la luz verdadera, tú conocerás la verdad, tú serás libre, con la verdadera libertad que deben de vivir los hombres”.

Casi sentí repulsión cuando aquel hombre me decía esas palabras, realmente creí que se estaba burlando de mí. ¿Quién iba a ver la luz, quien iba a

ser libre en aquellas profundidades y en aquella esclavitud?. ¡Nadie!. ¿Se estaba burlando de mí?.

Pero aún así logré sacarlo de aquel montón de tierra y con gran dificultad lo puse sobre mi espalda y caminé sobre mis rodillas y sobre mis manos, porque el túnel se había hecho muy pequeño. Tuve que arrastrarme con él.

Cuando llegué a un espacio libre de aquel derrumbe, se colaba un poco de la luz exterior. Hasta entonces supe que era de día. Y ví a aquel hombre. Sí, era un hombre sin edad, por su aspecto parecía un anciano, pero la fuerza de aquella mano que agarraba la mía me indicaban que era un hombre joven, quizá todavía. Y hasta entonces lo pude ver.

Estaba ciego, herido, desangrado, maltratado. Movió su cabeza en dirección a la mía y volvió a decirme aquélla que yo consideraba una burla: "!tú verás la luz, tú verás la verdadera luz, tú serás libre en la libertad que sólo Dios puede dar, el Dios de nuestros padres!" y diciendo esos nombres, empezó a soltar su mano de la mía: "!Abrahám, Isaac, Jacob!" y de pronto su mano cayó, no sé si desmayado o muerto, pues ya no lo supe porque en esos momentos entraron esos judíos que servían a los soldados romanos y nos sacaron de aquel derrumbe.

Nos llevaron afuera y yo que tenía no sé cuánto tiempo de no ver la luz, el sol en aquel momento estaba frente a mis ojos, era un poco cerca del atardecer e hirió mi vista. Tuve que cubrirme y poco a poco empecé a llevar a la normalidad mis ojos y entonces pude ver a mi alrededor cómo estaban sacando los demás cuerpos de aquellos hermanos, amigos ¡qué se yo!, no éramos nada ni nadie en aquellas profundidades, en aquella esclavitud. Ya no sé, ¿se dan cuenta?, ¡ya no sé!. Tuve que copiar las palabras de aquel hombre y me dije a mí mismo: "Ya no tengo nombre y ya no tengo edad".

## 3. EL LEPROSO



Estaba en estas meditaciones, cuando algunos que se dirigían a ayudarme se me quedaron viendo y dieron un salto hacia atrás presa de terror. Yo no los alcanzaba a ver claramente todavía, pero sentí aquel sentimiento de repulsión y me

extrañé y me pregunté qué era lo que ocurría.

Traté de ver a mi alrededor, pero no, estaba sólo y todos me estaban viendo y se estaban alejando de mí, cuando uno de esos soldados se acercó, era el único que andaba a caballo, lo voltearon a ver y uno de ellos dijo: "!Este hombre está leproso!". Hasta el caballo brincó, quizá por el sentimiento de aquel hombre que lo montaba. Relinchó, se paró en sus dos cuartos traseros y aquel hombre dijo: "!Leproso!, sáquenlo de aquí y mátenlo".

Y aquélla orden fué, ¡qué se yo! , fue casi cumplida. Algunos de ellos me tomaron, ¡ pero qué va!, no me tomaron. Agarraron unos trozos de madera y empujándome con ellos como una basura me hicieron caminar, me hicieron arrastrarme a golpes y empujándome me sacaron de la presencia de ellos. Me empujaron, me golpearon, sentía que la carne me ardía de aquellos golpes.

Ya el sabor de la tierra era muy familiar para mí y en aquélla ocasión en que con aquellos golpes caí con la cara en la tierra, ese sabor no fue extraño. ¡Tierra y sangre!, ¡cuántas veces lo había probado.!

Cuando me llevaron a cierta distancia, ellos dos se me quedaron viendo y me dijeron: "¿Sabes qué?. Los romanos no saben , los romanos no conocen a nuestro Dios y nosotros casi lo hemos olvidado, pero no te mataremos, no te mataremos porque Yavé nuestro Dios ha dicho que no los matemos a ustedes los leprosos, pero vete , vete de aquí. No queremos volver a vete. ¡Aléjate!. Tú sabes que los leprosos no pueden estar entre nosotros. ¡Agradécele a Dios que la lepra te ha liberado de las minas!".

Fue lo último que oí de ellos, pero aún así, uno de ellos todavía volteó a ver sobre su hombro, me miró, ¡no sé qué quería decirme con la mirada!, pero se despojó de una de sus túnicas y me la lanzó y me dijo: "Vete y no olvides que están leproso y que lo tienes que gritar para que nadie se acerque a ti". Luego se fueron.

No sé cuánto tiempo pasó, pero yo no me moví de aquel lugar. Pasé sentado allí todavía sin entender. Ya la noche estaba casi cayendo y recordé las palabras de aquel hombre allá adentro de la mina: "!Tú verás la luz, tú serás libre, en la libertad que sólo Dios puede dar!".

Pero aún no alcanzaba a entenderlo. En aquel primer momento cuando salí de aquellas profundidades, no sentí que aquella luz de la que hablaba aquel hombre era la del sol. Y de pronto como un golpe, volví a mi realidad: ¡leproso! -me dije -, ¡leproso!.....

Intenté levantarme, ya era de noche. Me quité algunas de mis ropas, Dios tenía misericordia de mí y encontré un arroyo cercano y me mojé, me bañé, no sé cuánto tiempo estuve allí. ¡Sentía tan maravillosa el agua!, lavé mi cuerpo, tiré

mi ropa vieja, rota, aquella ropa que no sé cuánto tiempo tenía de llevarla puesta. Sólo sé que mi cara tenía barba. Habían pasado, ¡qué sé yo cuánto tiempo!.... Pues, ya se los dije, no tengo edad.

## 4. MI CASA

Mi primera intención fue acercarme a mi casa, pero recordé que no puedo acercarme a las ciudades, pero el deseo y la necesidad era tan grande, que lo intenté. No sabía en ese momento dónde estaba y empecé a caminar, miré a las estrellas y recordé el cielo que miraba en mi niñez y seguí las estrellas, como jugando.
No era yo quien caminaba, era mi recuerdo, aquel joven de 14 años que fue apresado, ¡qué sé yo hace cuánto tiempo!, jugaba nuevamente con las estrellas.

Amanecía cuando me acerqué y empecé a reconocer el terreno, sí, aquella misma roca, aquella misma roca grande donde yo me subía y desde donde miraba las pocas cabras que teníamos, sí estaba cerca de mi casa.

Espié y sólo ví a una mujer anciana y me acerqué y le hablé. No sé, quizá era miedo, pero no le dije quién era, sólo le pregunté de lejos: mujer ¿en dónde estoy?, y ella dijo: "Qué importa ya el lugar que es este, esto es de los romanos". Yo le dije "¿está usted sola?, ella dijo: "no, dos de mis hijas están conmigo, pero andan trayendo comida, mi marido murió hace cuatro años, no soportó que nuestro único hijo fuese apresado y no hemos vuelto a saber de él".

Ya no dije nada, la mujer ni tan siquiera notó mi presencia, escarbaba en la tierra algo, ¡que sé yo!, quizá sembraba y me retiré.

No tuve el valor para decirle ¡mamá, soy yo!. ¡Leproso!. No, no podía herirla más. Me alejé, le dí la espalda y volví a caminar con el sol detrás de mí. Lloré y lloré sintiéndome más sólo que nunca. Y ví en mi propia vida que quizás no había salido de la esclavitud en la que había estado tantos años. Y volví a pensar en las palabras de aquel hombre y dije: "!pobre viejo, no sabía lo que decía!, ¿yo libre?, ahora menos que nunca". ¡Leproso!, esclavo para siempre, hasta la muerte, de una enfermedad que no quería, de una enfermedad que mata.

Me cubrí el rostro, me cubrí la cabeza, miré hacia el cielo y por primera vez me atreví a gritar, como la ley ordenaba: "Soy leproso, soy leproso!. Lo grité mil veces, y mientras caminaba, lo gritaba una y otra vez, No había nadie a mi alrededor, pero yo lo gritaba, quizá era la forma de llegar hasta mi corazón de que yo ya no servía para nada, de que yo estaba perdido.

Tuve un deseo de subir a aquella roca en la que yo jugaba de niño y lanzarme de cabeza, matarme, ¡leproso!, ¡leproso yo!, ya no servía para nada, sólo para esperar la muerte. Comer y esperar morir.

## 5. MI NUEVA CASA

Rodeé aquellas casuchas, me alejé cada vez más de la ciudad, no sabía dónde iba, no sabía qué hacer. Pasaron muchos días, ¡qué sé yo cuánto tiempo en mi soledad!, en aquel desierto, con muy pocos árboles. Comía bayas, algunas palmeras me dieron sus dátiles, pero tenía que hacerlo con mucho cuidado, pues en aquellos oasis, en aquellas fuentes de agua la gente se acercaba y realmente, bastaba con mi lepra. Ya no quería ser golpeado. Prefería estar sólo.

Caminé ¡qué se yo qué distancia!, ¡qué sé yo cuánto tiempo!. El sol salió muchas veces, el sol cayó muchas veces. No sé cuántas, sólo sé que en aquellos días gritaba como un loco: “!soy leproso, soy leproso!” y nunca me acordé de Dios.

Una tarde, sentado en una roca, a la sombra de unos árboles, oí unas voces, unas voces y un rechinar de carretas. Me asomé, pues no me podía dejar ver, y ví a otros como yo, vendados, caminando en aquella carreta cargada. Por el aspecto de los vegetales, quizá eran sobras del mercado, pero era comida, y los seguí en silencio, porque no estaba seguro de quiénes eran.

Los seguí hasta que ellos bajaron a una especie de foso, de abismo, llamaría yo, de infierno, donde habían otros más, muchos más como yo. ¡Leprosos!, dije, pero nadie lo gritaba. Todos, con sus rostros cubiertos sólo se repartían las cosas en un gran silencio. Me acerqué, me vieron, y ni notaron mi presencia, era uno más de ellos. Una vez más en mi mente y en mi corazón me dije: “de verdad, ya no soy nadie, no tengo nombre, no tengo edad”.

Por primera vez en mucho tiempo comí, comí y dormí como no lo había hecho, ¡qué sé yo desde cuándo!. El cuerpo me dolía después de aquel descanso. Allí pasé mucho tiempo, muchos días. Poco a poco empecé a sentirme normal, pero solamente en mi corazón. Empecé a ver que mis manos se corroían, se derretían como velas. Empecé a ver cómo mis carnes, especialmente las de mis brazos, se empezaban a deshacer y a caer.

Sí, me dije, ¡lepra!, ¡lepra!.Ya no me sentía ni acabado ni derrotado, simplemente me sentía muerto ya. Muerto en vida.

## 6. UN JUDIO LLAMADO JESUS

Muchas noticias empezaron a llegar en aquellos tiempos. Muchas noticias maravillosas. Una vez escuché cómo llegaron unos leprosos diciendo que unos mercaderes les habían contado que había

un hombre, un judío, muy joven, que había visitado a uno de los romanos y que le había ayudado. Una de sus hijas había muerto y que él la había resucitado, y dije para mis adentros: ¡cuentos!,¿cómo va a revivir un muerto?. ¿Un judío en casa de un romano?. ¡Eso es imposible!

Pero las noticias sobre ese hombre, muy parecidas, comenzaron a llegar a aquel hoyo, a aquel infierno que era nuestro lugar donde vivíamos.

Muertos que resucitaban. Pan, pescados que se multiplicaban. Un hombre insignificante, un judío, que era seguido por mucha gente. Decían que había formado una banda, que eran como 12. Yo solo escuchaba y no comprendía. En mi vida no había esperanza, hasta que una vez, junto con algunos de nosotros me dijeron: “tenemos que ir a traer comida”.



Desde hacía mucho tiempo que no me movía de aquel lugar. Por dolor y por vergüenza, pero me uní a ellos. Eran 9, yo fui el décimo.

Empezamos a caminar, salimos de aquel hoyo, pasamos aquel bosque que ocultaba aquel lugar de muerte y empezamos a caminar por algunos caminos. Entonces uno de ellos gritó: “somos leprosos”. En mi mente eso sonó como un martillazo. ¡Sí –dije yo – somos leprosos!. Cada uno de nosotros lo gritaba de vez en cuando.

No podíamos acercarnos al pueblo, pero la gente del pueblo sabía cómo ayudarnos. En los alrededores, en las orillas iba a tirar las sobras del pan, de las verduras y allí las recogíamos. Para allá nos dirigíamos, pero ese día, no íbamos a llegar. Sentados bajo unos árboles, comiendo semillas, de pronto oímos voces cerca. Nuestra primera intención, la de todos, fue alejarnos. ¡Gente!, ¡gente! – dijimos- y como por un reflejo maligno, de nuestras gargantas volvió a salir aquel grito: “!somos leprosos!” Y lo dijimos muy fuerte.

Pero las voces en vez de alejarse, siguieron acercándose. Salimos al camino, perdiendo el cobijo que nos daban las hojas de los árboles, para que aquellos nos vieran y no siguieran acercándose a nosotros.

Salimos al camino y entonces vimos al grupo, vimos al grupo. Eran trece personas y no se detuvieron más que unos segundos y el que iba delante, un hombre que vestía con una túnica blanca, raída, descalzo, alto, no lo alcanzaba a ver claramente porque el sol estaba detrás de su cabeza. Lo único que sí vi fue el brillo de sus ojos.

Doce de ellos se detuvieron y él se adelantó a nosotros, nos miró y nos dijo: "¿adónde van?. Nosotros no le contestamos más que con un grito salido de diez gargantas: "!somos leprosos!".

Aquel hombre no se movió, se nos quedó mirando y nos dijo: "ya lo sé, ya lo sé". ¿Hacia dónde van? – nos dijo. Vamos hacia la orilla del pueblo para ver si conseguimos comida.

El se acercó y nos dijo: "hoy comerán para siempre". No lo entendí, por un momento, mi corazón se estremeció porque dije "quizás se refiere a la muerte, quizá nos van a mata". No me parecía raro puesto que los leprosos, los leprosos éramos odiados.



Pero se acercó a nosotros y nos dijo: "¿van a buscar comida?, ¿eso es lo que quieren?, nos preguntó, y nosotros le dijimos: "no, ¡no queremos eso!". Entonces, ¿qué quieren? –dijo él. Ya no queremos ser leprosos, dijo uno de mis compañeros. Entonces en mi corazón surgió un deseo inmenso, recordé la voz de aquel anciano en las profundidades de las minas y le dije: "!ya no sé quién soy, no tengo nombre, no tengo edad, quiero ver la luz, quiero ser libre, pero con la libertad que sólo Dios puede dar!".

Increíblemente aquel hombre se acercó a nosotros, y en la medida que nosotros retrocedíamos, él se acercaba más hasta que ya no pudimos movernos, extendió sus manos, las dos manos, y nos tocó a los diez. ¡Un judío tocando leprosos!. Me estremecí. Lo miramos a los ojos y fuí yo el que le dije: 'Señor, ¿si quieres, puedes limpiarnos?".

El nos tocó nuevamente y dijo: '!Sí quiero!, quedan limpios". Pero en ese momento, yo miré mis manos y las seguí viendo iguales. En eso estaba cuando él nos dijo: "¿Iban hacia la ciudad?, pues terminen de llegar. Vayan a Jerusalén, presenten su ofrenda en el templo para que seáis limpios del todo".

Nos regaló una sonrisa, dio media vuelta y se retiró. El y los otros doce, los trece

pasaron junto a nosotros, y nosotros nos alejamos de él corriendo, con pánico, y empezamos a caminar, a caminar, dirigiéndonos hacia el pueblo. No sabíamos lo que iba a pasar. Pero comenzó a pasar.

7. SANACION DIVINA

Lo primero que sentí fue una frescura en mi cara que nos daba el aire, que tenía mucho de no sentir. Aquellas escamas, aquella carne seca, herida, había desaparecido. Toqué mi rostro y lo sentí, no sé cómo decirlo, lo sentí como el pan, lo sentí como suave, ¡como no lo había sentido desde que era un joven!

Mis otros compañeros también se vieron, algunos de ellos se atrevieron hasta a quitarse la ropa y descubrieron que en su cuerpo ya no habían señales de aquella lepra que nos había capturado durante mucho tiempo, aquélla lepra que nos había tenido esclavizada, pero como contradicción, yo ya no tenía nada de aquélla lepra que me había liberado de las minas de sal.

Todos dijeron: “!estamos sanados, hemos sido curados!”. Corrimos, corrimos hacia la ciudad. En un momento de descanso que tuvimos, llorábamos, reíamos, y estábamos jadeando, jadeando, pero estábamos con una mezcla de felicidad y de extrañeza, ¡hacía tanto tiempo que no nos sentíamos así!.

Ellos dijeron: ”vámonos pronto!, lleguemos a la ciudad. ¡Estamos limpios!, vamos al templo a nuestra purificación”.

Yo les dije:”¿saben?, antes de llegar a la ciudad, regresemos, tratemos de encontrar nuevamente a aquellos hombres, aquellos hombres que no tuvieron miedo de nosotros y vayamos al encuentro de aquel que nos curó. ¡Vamos!. Yo intentaba motivarlos, pero ellos me dijeron: ¿”para qué? Ya no lo vamos a encontrar, se ha retirado, terminemos de llegar al templo como El nos dijo, obedezcamos, eso es lo que tenemos que hacer”.
Yo insistí un poco más, ¡regresemos!, tenemos que agradecer lo que ha hecho, El es del que habían hablado en aquellas profundidades de nuestra prisión de leprosos.

El es el que había resucitado muertos, no puede ser otro, ¡El es el Mesías! – les dije - ¡vamos, vamos a El!.

Uno de ellos se adelantó y me dijo: “si quieres, ve tú, nosotros llegaremos a la ciudad, ¿qué no te das cuenta que nosotros ya no somos leprosos y tenemos tanto que celebrar?”.

Eso fue lo último que me dijeron, tomaron sus cosas, y siguieron caminando hacia Jerusalén. Yo no sabía qué hacer. Tenía, no sé cómo explicarlo,

tenía una duda, tenía miedo, tenía tristeza, tenía alegría en mi corazón.

¡Sí!. En aquel lugar, entre esos confines, entre Samaria y Galilea, donde aquel hombre me tocó la cabeza, aquel hombre no tuvo miedo de mí, no podía yo olvidarme de El, el extraño brillo de sus ojos me había capturado. ¡ Yo tenía que regresar!, tenía que volverlo a ver. Mi corazón latía con gran fuerza, yo no puedo explicarles porque, pero yo tenía que regresar, ¡tenía que regresar!.

8. BUSCANDO A MI SALVADOR

Y eso fue lo que hice, sólo ví la silueta de mis amigos, de mis hermanos, de aquellos con los que había convivido tanto tiempo y casi en silencio, como un murmullo dije: “¡adiós!”, dí la vuelta y corrí, corrí como un loco, ¡no!, corrí como un niño, ¡sí!, corrí como un niño, corrí como un niño detrás de aquellos hombres.

Regresé al camino donde los había encontrado, miré sus huellas una y otra vez, pero no los veía a ellos. Lloré, lloré y dije: “!no es posible que no lo vuelva a encontrar!, ¡tengo que volver a ver a éste hombre!.

Corrí, corrí, corrí no sé cuánto tiempo, hasta que mi corazón sentía que salía de mi pecho, y allí estaban, ¡allí estaban!, a la orilla del arroyo, lavando sus pies.



Aquel hombre que había tocado mi cabeza estaba un poco aparte, estaba sentado arriba, en una eminencia de una roca. Tenía una rama en sus manos, miraba las hojas, no comprendía lo que hacía. Miraba las hojas y las tocaba suavemente.
Yo me escondí detrás de unos arbustos y lo miré, yo creo que sólo eso quería hacer, mirarlo.

Yo creí que él no me había mirado. Siguió mirando la rama, siguió acariciando las hojas, y sin levantar la cabeza dijo: “acércate”. Yo dudé, no sabía si se refería a mí. Volvió a decir : “a ti te digo, ¡acércate!”

Y me acerque, me acerqué con cuidado. Antes de llegar a El, volví a ver mis manos, volví a ver mis brazos, y no, no había sido un sueño, ¡yo estaba limpio!. Me acerqué a El y le dije: “!gra-cias, gracias!”, y caí en tierra llorando.

El dejó aquella rama a un lado, con su mano derecha tomó mi barbilla, levantó mi cara y me dijo: “no llores, no llores, sólo dime una cosa, ¿ es que acaso no quedaron limpios los diez?, los otros nueve, ¿dónde están?, ¿es que sólo tú viste la luz?, ¿es que no ha habido quien volviera a dar gloria a Dios, sino tú?”, y me dijo: “levántante y vete, ¡tu fé te ha salvado!”.

Me quedé un rato mirándolo y le dije: “no quiero irme, ¡me quiero quedar contigo!”, le dije. Ya has visto la luz – me dijo El – ya eres libre, ¡me dijo El!, con la libertad que sólo Dios puede dar.
Yo entendí en aquel momento, sólo recordé las profundidades de la mina doce había estado tantos años y recordé aquel anciano que moría, aquel anciano que nunca pude ver claramente, eran las mismas palabras, ¡las mismas palabras que El me había dicho!.

Y era cierto, yo estaba viendo la luz y me sentía libre, con la libertad que sólo Dios puede dar.

El sonrió e hizo algo que tenía muchos años de no sentir, ¡me dio un beso en la frente!.

Se fueron, pero yo no obedecí por segunda vez, y lo seguí escondiéndome, en silencio, hasta que entraron en la ciudad, y entonces, quizá Dios con una gran compasión hacia mí, me dio otro regalo.

## 9. NUEVA VIDA

El se dirigió hacia las casas de unos amigos, creo yo, otros de sus discípulos, salieron unas mujeres a recibirlo. ¡Dios es grande!, ¡Dios es maravilloso!.

Una de ellas, la que salió por último, llevaba en sus manos una canasta con pan, salió a ofrecerles a ellos, pero cuando se dirigía hacia ellos, me vió a mí, no sé si por la suciedad de mis ropas o por el aspecto, pero igualmente yo todavía vestido como leproso, aunque ya estaba limpio, y aquella mujer, al igual que había hecho aquellos hombres en aquella tarde, me vió y en vez de darles el pan a ellos, se dirigió hacia mí, se acercó sin miedo, me miró con dulzura y



me dijo: "¿tienes hambre?.

Y yo la miré, no sabía quién era, pero mi corazón latía con fuerza. Yo le dije: "Sí, tengo hambre. Come – me dijo -, come y ten calma. Entonces la reconocí. Antes de hablarle dije yo: "!no es posible!, no es posible que Dios tenga el mismo día tanta misericordia de mí". Ya había limpiado mi cuerpo, ya había comenzado a limpiar mi alma y hoy me daba un regalo más.

Ese hombre que me había sanado, también había, no sé cuándo, no sé cómo, pasado por aquella por aquella casa donde yo crecí, pues aquélla mujer que me ofrecía los panes, ¡era mi hermana!, la que no estaba en casa aquel día que llegue, y le dije: "Ester". Ella se extraño y me miró y es como dije al principio: 'ya no tengo nombre, ni ya no tengo edad".

Sólo me miró y lo supo también. Dejó caer los panes y me abrazó. No preguntó si yo era leproso, sólo me abrazó y me dijo: "!hermano!", y me apretó fuertemente.

Otras de las mujeres y algunos hombres se acercaron a nosotros, le preguntaron a ella qué ocurría y ella les contó y jamás me habían tratado como me trataron aquel día. Casi me cargaron, me llevaron adentro de la casa, me han lavado todo mi cuerpo y me volvieron a vestir con ropa limpia.

Tenía años, nunca en mi vida, sentía yo, que me había sentido igual. Por primera vez respiraba, y una vez más la figura de aquel anciano moribundo en las minas vino a mi mente y a mi corazón.

Y cuando aquel hombre entró a la casa y me miró, sonrió y yo le dije: "Maestro tenías razón!, tú me hablaste en las minas, tú fuiste el que me dijiste la verdad, ¡ahora veo la luz, ahora soy libre con la libertad que sólo Tú puedes dar!"

El nuevamente tocó mi cabeza y me dijo: "mi Padre ha puesto esas palabras en tu corazón". Lloré de felicidad, me sentía limpio, me sentía libre, me sentía el hombre más felíz del mundo y lloraba, lloraba.

## 10. LA PASION

Días después volví a llorar, consolando a mi hermana en mis hombros, mi madre a un lado también, parados alrededor de aquel hombre, aquel hombre que había sanado mi cuerpo, había sido apresado días atrás.

Los romanos apresaron a un niño aquella tarde. Pero esa noche, contrariamente a ley, se disfrazaron y con antorchas fueron y apresaron aquel hombre, aquel hombre que me había sanado y se lo llevaron preso. Luego supe que uno de ellos lo había traicionado.

Se lo llevaron preso. Ni mi cuerpo cuando yo era un leproso, se miraba tan dañado como el cuerpo de aquel Rabí. Lo habían desangrado, lo habían golpeado bárbaramente.

No tuve valor ni de moverme cuando ví todos aquellos eventos, sólo lloraba, lloraba. Miraba la cielo y lloraba, pero no sé, en medio de aquellos gritos, de aquel castigo, cuando dos de ellos le clavaron una corona de espinas en la cabeza se ahogó un grito en mi garganta, pero ví algo extraño.



Ví que aquel hombre brillaba. Yo no sabía qué era, creí que era el sol o mi cansancio, pero cuando la corona de espinas atravesó su cabeza, aquel hombre brilló, cubierto de sangre y heridas, ¡pero brillaba!.

Yo no lo entendía. Así fueron aquellos días. En silencio lo seguimos por aquellos caminos tan angostos. Otros dos iban con él. El caía y se volvía a levantar. Era al que más golpeaban, al que más insultaban y al que más castigaban, pero aún en medio de aquel dolor, todavía tenía tiempo para mirar a los que lo miraban.

Bendijo a unas mujeres, a una de ellas especialmente que sollozaba en silencio, y también aquella mujer tenía un brillo extraño, como la de aquel hombre. Luego supe que era su madre.

Lo acompañamos en silencio junto con mi hermana y mi madre hasta el mismo Gólgota, un lugar asqueroso donde tiraban a los muertos, donde los buitres los comían. Allí clavaron las tres cruces.... y El en medio.

¡Lo clavaron, lo clavaron!. Yo sentía un deseo de acabar con aquellos soldados y sin embargo El, sin saberlo, me detuvo. Decía en aquella en la cruz, mientras era clavado, tirado en el suelo, “!perdónalos porque no saben lo que hacen!”. Y yo tampoco sabía lo que estaba pasando. Y allí fue crucificado.

Era el medio día y cuando el calor del sol y su brillo se estaba haciendo más intenso, de pronto, fue de noche. Era como estar en las profundidades de las minas nuevamente. El cielo se puso negro, comenzó a hacer una brisa extraña y se oían truenos lejanos. Casi parecían voces. El sol se cubrió, nosotros permanecimos allí.

Allá más cerca de la cruz, habían unas mujeres y un joven mirándolo a El, otros, al igual que yo, y algunos de aquellos que había visto caminando con El, estaban por allí, detrás de las piedras, detrás de los árboles, llorando como yo lloraba. Sólo oía que decían: “!Maestro, maestro!”. Y el cielo se cubrió de negro.

No habían pájaros, no habían animales, no se movía ni una hoja. Estaba llorando sobre la cabeza de mi hermana cuando oí un grito, un grito tremendo: “Padre, ¡en tus manos encomiendo mi espíritu!”, solamente eso oí.

Yo al principio no lo comprendí, no lo comprendí, pero así fue. En aquel momento, El sacando fuerzas, no sé de dónde, estiró su cuerpo hacia arriba y dio ese grito que todavía resuena en mi mente: “Padre, ¡en tus manos encomiendo mi espíritu!”, dio un suspiro largo, largo y entonces, murió, ¡murió!.

Yo no sabía que había comenzado, no sabía que había comenzado el principio, sí, con aquello que parecía el fín, realmente estaba comenzando todo, hasta mi vida.

Sequé mis ojos, y lo miré nuevamente. Sí, ¡había muerto!. Su cuerpo estaba derrumbado en la cruz. Un soldado se atrevió a tomar una lanza y atravesó su costado derecho.

Ví algo increíble, la misma luz que ví sobre su cabeza el día de la coronación de espinas, salía de su pecho, una luz



inexplicable. Brotó sangre y agua y ya no lloré más, ya no lloré más.

El universo lloraba por mí. Nunca había visto una tarde, un medio día más oscuro como aquel. ¡Nunca!. Ni la oscuridad más profunda de la noche era como aquella oscuridad, una oscuridad rara, una oscuridad que se tocaba, que se pegaba al cuerpo.

Y aquel hombre murió. Yo todavía no alcanzaba a comprender que sí era cierto que yo había visto la verdadera luz.

Llegaron unos hombres del gobierno, se acercaron a aquella mujer que caminaba con él y le ayudaron. Bajaron el cuerpo del Rabí de la cruz y lo llevaron a un sepulcro y allí lo dejaron.

Todavía resonaban sus palabras en mi mente: “Todo está consumado”, pero había algo en mi corazón que me decía que no, y me acordé de mí mismo y dije yo: “!no!, no todo está terminado”, así dije yo cuando cuando me dio la lepra, cuando entré a las minas, cuando me alejé de mi familia y hoy, estoy limpio, estoy libre y estoy con mi familia nuevamente. ¡No, no puede ser que todo esté terminado!.Y con ese pensamiento caminamos de regreso a nuestras casas.

## 11. LA MISION

El primer día de la semana, mi hermana junto con otras mujeres se armaron de aceites, de aromas y se dirigieron hacia aquel sepulcro.

Al poco tiempo de haberse ido, regresaron gritando, gritando como locas: “!El Señor no está en el sepulcro!”. Y todos los que estaban allí se pusieron de pié, se miraron los unos a los otros y solo ví que uno de ellos, al que todos seguían, que se llamaba Pedro, dijo: “al tercer día dijo él, ¡al tercer día dijo!”

Y entonces el más joven, el que estuvo al pié de la cruz aquella tarde, salió corriendo, y ese hombre, Pedro, detrás de él y de allí todos los demás, yo también. De pronto me había convertido en uno de ellos.

Corrimos al sepulcro. El joven se detuvo a la entrada, el llamado Pedro entró y luego salió, salió con aquel mismo brillo que le había visto a aquel hombre y dijo: “Al tercer día dijo el Maestro, ¡Jesús ha resucitado!.

Y entonces comprendí, comprendí lo que me había dicho aquel anciano en las profundidades de la mina. ¡Sí!, había visto la luz, ¡la verdadera luz!, esa que yo había visto en aquel hombre y sobre los que estaban con El, ¡esa era la verdadera luz!, y por primera vez en mi vida me sentía verdaderamente libre, con la libertad que sólo Dios puede dar.

Ese hombre, Jesús se llamaba, y era de Nazaret. Platicando con su madre y con los que lo habían conocido, supe que había vivido en Nazaret, que su padre había sido carpintero, que El inexplicablemente, al que llamaban el Rey, había nacido en un establo, en un comedero de animales en Belén, hacía casi treinta y tres años atrás.

Cuando El nacía, yo era apresado por los romanos, pero sigo sin tener nombre y sin tener edad.

Conocí a Jesús, a Jesús de Nazaret, al Mesías, al que llamaban al Cristo, al que al tercer día después de aquella cruz, de aquella tarde tan oscura, resucitó y lo vimos otras veces más. Durante cuarenta días llegó a nosotros varias veces. Ya no me asombraba, sólo cuando sentía aquel olor y veía aquella luz, sabía que El venía.

Una tarde, llamó a once de ellos, pues ya no estaba el que lo había traicionado, un tal Judas Iscariote, y nos acercamos a un monte. El nos dio una orden amorosa: "vayan por todo el mundo y proclamen la buena mueva, el amor de Dios".

Empezó a elevarse, empezó a subir de la tierra hacia los cielos y se perdió entre las nubes. Cuando del cielo se oyeron una voces que casi nos reprendían, que qué hacíamos allí. Empezamos a caminar y a cumplir aquel mandato. Algunos de ellos murieron ya. Yo estoy vivo todavía. Aquel que creyó que todo había terminado, el que murió en vida en las minas de sal, el leproso, está aquí, hablando con ustedes.

¿Saben?, ví la luz, estoy limpio y estoy cumpliendo lo que aquel hombre dijo. Estoy yendo por todo el mundo, por donde yo pueda y estoy hablando de El, de aquel Jesús, de Aquel que sanó mi vida y sanó mi cuerpo, de aquel que me tocó, de aquel que besó mi cabeza, de ese Jesús les estoy hablando hoy.

Aquel que murió en la cruz y que resucitó al tercer día, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Ya no soy yo quien vive, es El. Jesús quien vive en mí.

No tengo nombre, no tengo edad, solamente tengo palabra, Jesús es el Señor. El amor de Dios está entre nosotros y El se ha quedado para siempre.

**Que grite el mundo nuevamente,**
**Jesús está vivo,**
**¡ha resucitado!,**
**vengan a conocerlo junto conmigo**
**y si tú tienes lepra,**
**no creas que todo ha terminado.**

**El principio está en Jesús.**

**QUE LO DIGA EL MUNDO!**

